

mente los periódicos una prueba tan interesante como dramática.

Hallándose en los reductos de Vera, defendiendo el número ocho de la altura de San Marcial, atacado por numerosas fuerzas enemigas, fué mortalmente herido por una bala de fusil que le atravesó la cabeza, entrando bajo la parte inferior de la oreja derecha y saliendo por la superior de la izquierda. Aquella catástrofe desalentó á las tropas, que por atender al cuidado de su jefe abandonaron el reducto, y entonces tuvo lugar el hecho que tanto ennoblece á los granaderos de Africa.

Yacía este casi sin vida entre los brazos de sus soldados y anhélaban ponerle en salvo. El descenso por el reducto era impracticable pues no había vereda apenas capaz de sostener el equilibrio de un hombre sin ayuda de las manos, cuando para bajar al herido desde la cúspide en una camilla eran necesarios dos por lo menos. Todo lo allanó sin embargo el amor de los granaderos: tendidos de espalda sobre la áspera y terrible pendiente, y formando de alto á bajo desde la altura á la falda del reducto una fuerte columna sostenida por el mutuo apoyo de los piés, afirmados sucesivamente en los hombros, alzaron las manos para recibir al herido, que entregado á los robustos brazos de los primeros granaderos colocados en la pendiente, fué deslizándose paso á paso por aquel prolongado lecho humano; la vida de Castaños pendía del mas ligero descaído de los granaderos; una mera sacudida, una tenue oscilación hubiera bastado para estinguirla: sin embargo los últimos hombres de la columna entregaron al ilustre jefe salvo, cual lo habían recibido de los primeros. Colocado entonces en una camilla fué transportado á Hernani. Castaños no ha podido olvidar nunca que debía la vida á los denodados granaderos de Africa, y queriendo recompensar tan inapreciable servicio, por un acto tan público como duradero, vistió desde entonces en todos tiempos el uniforme de aquel cuerpo.

Después de una penosa enfermedad en que el pueblo y la corte de España dieron inequívocas pruebas del cariño y respeto que tenían al ilustre general, y á que sus superiores prendas le hacían tan acreedor, falleció en la madrugada del sábado 25 de setiembre, rodeado de sus fieles servidores y de las personas de su escasa familia. Durante el día que permaneció el cadáver en la casa mortuoria, presenció la calle del Barco el espectáculo tiernísimo de las tristezas de todo un pueblo.

S. M. la Reina, que mas que un súbdito leal, veía en el general Castaños un padre cariñoso, quiso pagar á sus relevantes méritos el último tributo, mandando que á pesar de cuanto dejaba ordenado en su testamento, se celebrase el entierro con extraordinaria pompa, y fuese presidido por S. M. el Rey, su augusto esposo.

Una palabra sobre ese testamento tan notable por su sencillez, como digno del corazón y de la pluma que lo trazaron.

No desvanecido por el humo embriagador de las alabanzas, aunque rodeado de tanta majestad y poder como el magnate mas ilustre, el general Castaños abjuraba al morir sus grandezas todas, para volver á la condicion de cristiano, y de cristiano soldado y humilde, ordenando en su testamento que se le enterrase pobremente, sin usar *tarjetas charoladas*, y que fuese conducido en hombros por los inválidos de Atocha. S. M. hizo perfectamente en derogar esta disposicion. Basta á la gloria militar y virtuosa del duque de Bailen este deseo; á la nacion, luego, correspondía el pagarle su último tributo como lo pagan las naciones.

El jueves 30 del pasado, una inmensa muchedumbre se extendía desde la iglesia de San Isidro el Real, hasta el santuario de Atocha. El fúnebre cortejo, precedido por varios piquetes de caballería, comenzaba con los niños desamparados y de la inclusa, seguidos por todos los pobres de San Bernardino, y algunos, aunque pocos, inválidos de Atocha. Marchaban después las parroquias de Madrid con su clero; luego el eminentísimo señor cardenal arzobispo de Toledo, y acto continuo, el cadáver conducido en el carro mortuorio de la patriarcal. Llevaban las cintas del féretro los capitanes generales del ejército, marqués de Rodil y D. Manuel Concha, el capitán general de la armada y el teniente general Villacampa.

Cubrían la caja los mantos de las órdenes á que pertenecía el eminente veterano del ejército español, á la que seguían los criados del difunto y los de S. M., conduciendo de la brida su caballo con un lujoso jaez, y otros de la casa real, desheredados todos. Detrás venía lo que se llama el duelo en estas lúgubres ceremonias, compuesto en la presente de las personas mas notables que encierra Madrid, presididas por S. M. el Rey y su augusto padre. A su derecha caminaban los señores Bravo Murillo, Bertran de Lis, Gonzalez Romero y Lara, con sus uniformes de ministros, y á la izquierda la diputacion de la grandeza española. El resto de la comitiva era tan numeroso, que llegaba desde la Puerta del Sol hasta el jardín Botánico. La oficialidad del ejército, los ministerios, la magistratura, etc., etc., etc.

Muchas notabilidades llamaban la atención del público. El señor Arrazola con su collar de presidente del Tribunal Supremo y sus innumerables condecoraciones; el señor Olózaga de simple togado con el toison de oro; el señor baron de la Foyosa de académico; D. Luis Gonzalez Bravo con el de coronel de milicias de América: el señor Salamanca de frac, con la gran banda de la orden de Cristo y la placa de Carlos III; D. Juan Alvarez y Mendizabal, con su respetable cabellera blanca, que bien vale por muchas condecoraciones; los generales Pavía, Ortega, San Miguel, y otros mil y mil que sería prolijo enumerar.

Depositado el cadáver en Atocha y después de las salvas de ordenanza, el señor ministro de la Guerra en un coche de la casa real condujo al museo de Artillería la espada del general Castaños, templada en cien combates, para que sea conservada al lado de tantos otros trofeos de gloria.

D. Francisco Javier Castaños, general hace sesenta años, comandante del campo de Gibraltar, co-regente del reino etc. etc., no ha legado á sus herederos mas fortuna que la memoria de sus hazañas. General esforzado, prudente consejero, cariñoso protector del pobre y desvalido, ha cruzado su dilatada vida satisfecho y feliz. Deja su nombre escrito en el libro de la historia como indeleble recuerdo de virtud, patriotismo y honor.

EDUARDO GASSET.

ESPOSICION DE LONDRES.

MÁQUINAS MILITARES, ARTILLERÍA, ARMAMENTO.

Bajo estas denominaciones estaba comprendida toda la parte belicosa que figuraba en el Palacio de Cristal. Tanto los títulos, como la subdivision minuciosamente científica con que arregló los diversos ramos el profesor Playfair, permitieron admitir, en aquel alarde tan pacífico y tranquilo, todos los medios que puede inventar el hombre para destruir á sus semejantes con prontitud, facilidad y economía. Parecía en efecto un cartel de amistoso desafío dirigido por el sabio profesor á sus colegas militares. «Deseamos estimular lar artes y provocar un conflicto, sin derramamiento de sangre, entre las naciones del globo, una rivalidad de industria y de trabajos, de buen gusto y de talento: por lo tanto, aunque consideramos vuestros medios de alentar la propension belicosa de vuestra naturaleza, como otros tantos conatos opuestos á la razon, al buen sentido y á las exigencias de la época; aunque creemos firmemente que el mundo puede existir sin guerras, lo mismo que la sociedad sin duelos, no podemos negaros un puesto importante en la abierta liza que ofrecemos á todas las industrias conocidas. Os esperan un distrito en la parte central del edificio, y un capitán para arreglar vuestros mortíferos objetos. Ejércitos, marinas, departamentos de artillería ¿qué podeis hacer? ¿qué habeis elaborado con esos cuatrocientos millones anuales? Y vosotros tambien, espíritus suspicaces, que criticais el empleo y distribucion de esos fondos y asegurais poder proporcionarnos mejores buques, mejores armas, mejores cuarteles y mejores fortificaciones que las que debemos á los gobiernos establecidos, decidnos de una vez qué es lo que pensais sustituir á lo conocido, y sea la sociedad el juez que dirima la contienda.»

No era sin embargo fácil negar la entrada en esta clase á muchos artículos de carácter eminentemente pacífico. Desde la marina militar hasta la mercante no hay mas que un paso. Los *steamers* de guerra están estrechamente enlazados con los paquetes de vapor, las lanchas cañoneras á los barcos de salvamento, y los cazadores de profesion y aun los aficionados manejan las armas de fuego con tanta destreza y acaso mayor conocimiento que los granaderos y cazadores de los cuerpos militares.

Si limitamos nuestra actual revista al examen que presentaba la parte inglesa del edificio, dejaremos consignado que las escepciones constituian en él la regla, porque nunca se ha dado contestacion mas sosegada y pacífica á una provocacion mas belicosa. La marina apenas tomó parte en la Esposicion, y el ejército hizo otro tanto, si no hizo menos. Casi puede asegurarse que los modelos de buques de guerra y los aparatos ofensivos y defensivos que se presentaron solo tenían de notable la delicada perfeccion con que estaban ejecutados: se vieron muy pocas máquinas completas de destruccion, algunas variaciones respecto á equipos militares, y diversos métodos para resolver la interminable cuestion de aligerar el peso con que se fatiga inútilmente al soldado de infantería. Pero todo esto quedaba olvidado por la perspectiva de los barcos de salvamento, de los buques correos, de las escopetas y de los aparejos de pescar.

Nos proponemos sin embargo llamar la atención pública en ocasion oportuna hacia algunos objetos espuestos, así como hacia las invenciones guerreras de ciertos aficionados, entre las cuales podemos citar desde luego el sistema de fortificacion enteramente nuevo propuesto por Mr. Fergusson. Al emprender esa tarea, procuraremos desechar la repugnancia que naturalmente sentimos al recordar la efusion de sangre, que es el legítimo resultado de aquellos aprestos, y examinaremos el mérito de las invenciones destructoras, con el espíritu puramente científico que ha inspirado á sus autores.

Creemos que no fué accidental la circunstancia de haberse visto en la Esposicion tan corto número de objetos destructores, y que, por el contrario, bajo este aspecto y con relacion á otros principios, la Esposicion fué la expresion fiel del pensamiento y de las necesidades de todas las naciones que á ella concurrieron. Sucede con frecuencia que las proposiciones cuyo objeto se dirige á perfeccionar los medios de ataque y de defensa, encuentran proteccion en los gobiernos, se someten á un examen riguroso, y se adoptan cuando merecen la calificacion de eficaces. Los inventores alcanzan condecoraciones y otras recompensas, tal vez superiores á su mérito. En Inglaterra no es lo mismo. Aquel que exige incesantemente cambios y mejoras, pertenezca ó no al ejército, es mirado por lo comun como una peste por el gobierno, y se le trata casi siempre como merece.

Es probable que semejante modo de proceder inutilice de vez en cuando invenciones de un valor real y positivo. Pero este será siempre un mal infinitamente menor que el que producen las modificaciones repentinas y por lo regular imprudentes en el equipo militar. Citaremos por ejemplo la que se ha introducido de poco tiempo á esta parte en el fusil prusiano, reconocida ya hoy como una falta enorme.

Se ha tratado de fundir cañones de hierro acanalado, que presentarían, segun se ha supuesto, la misma dureza y el mismo peso que los de bronce; pero hasta hoy ninguna tentativa ha obtenido un éxito satisfactorio á los ojos de los hombres eminentes que deciden estas materias en Wolwich. Esto no obstante, la parte belga de la Esposicion presentaba algunos nuevos ensayos en este sentido y lo mas raro aun, Mr. Krapp, fundidor de Essen, en las provincias rhenanas de la Prusia, espuso una pieza de *á seis*, de acero fundido, que admiráramos como muestra perfecta de una obra maestra, aun cuando no tuviese otro mérito para nosotros. No emitiremos aquí nuestro juicio acerca de su valor, pero es un objeto digno del examen de los militares inteligentes. Todas las piezas del afuste son de acero, así como el cañon, á escepcion de un fuerte cilindro de hierro que rodea la culata. El objeto de este cilindro es dar peso al cañon, pero no aumentar su fuerza.

Independientemente del cañon, es posible que se descubra otro proyectil mejor que una esfera, aunque hasta ahora ninguno parece mas eficaz: tambien podrá encontrarse pólvora que no deje rastro sólido después de consumida. No olvidemos, con todo, que la sencillez es el punto mas importante de estas cosas, y que tal vez puede ofrecer graves per-

juicios un cambio trascendental y repentino en un asunto que afecta tan directamente á la destruccion de la especie humana.

LOS TRIOS DE CHENIZELLES,

POR A. DE MUSSET.

(Conclusion.)

El convite tuvo lugar quince dias después, para festejar el restablecimiento de Mr. Loncle. Mr. Montbazen no se hizo notar por su presencia, sino por un enorme ramillete hecho segun los trazados del panteon, sobre cuya cúpula se sostenia un audaz genio de pasta, que llevaba una banderola, en la cual se leía en gruesos caracteres: «Ofrecido por la amistad.» La autora de este monumento era Mlle. Montbazen, señorita de treinta y dos años, que distraía con el arte de la confitería el aburrimiento de que estaba lleno su corazón, consagrado al celibato. La comida se pasó alegremente, á escepcion del maestro de música, cuya melancolia se retrataba en su semblante. Los Montbazen hacían recaer la conversacion siempre que podían sobre su ramillete, y Mad. Loncle ponía en tortura su espíritu para inventar nuevas formas de cumplimientos. Mr. Loncle dijo que era lástima destruir una pieza tan bella de arquitectura, viendo que su muger, con un cuchillo en la mano, se disponia á minar las bases del monumento.

—Si el ramillete se conservase, decia Mr. Loncle, es una obra que bien merece la pena de guardarse preciosamente.

—Mlle. Montbazen, dijo el padre, á petición de algunas personas que consideraban como un asesinato el destruir su obra, ha llegado á descubrir un secreto que permite conservar estos ramilletes. Se coloca este en un velador, en una consola, debajo de un fanal, y realmente es un adorno de cualquier sala. Muchas personas los tienen de este modo en sus casas y llaman la atencion de todos los que los ven, pues se pinta sola mi hija para componer estas esculturas.

—En París, dijo Mr. Loncle, costaria esto muy caro.

—La casa de la calle de los Lombardos, dijo Mlle. Montbazen, que me suministra las figuras de pasta, pues yo no me ocupu en eso, queria que le cediese mi secreto á cambio de genios y adornos; pero yo no he querido... Se abochornaria mi padre de ver á su hija vender confites.

—¿No teneis empeño en conservar el genio? Preguntó Monsieur Montbazen á Mad. Loncle.

—¡Oh! no señor; si lo hubiese hecho Mlle. Montbazen, sería otra cosa.

—Pues entonces, repuso Montbazen, os pediré el permiso de llevármelo; no tenemos por el momento otros en casa, y mi hija creo que tiene que componer otro ramillete. Sin duda estas estatuillas no son nada; pero dan cierto realce al monumento.

Durante toda la comida siguió la conversacion del ramillete. Mr. Loncle ciertamente se arrepentía de haber convidado á los Montbazen, pues tuvo muchas veces intencion de hacer elogios de su muger; pero la cuestion del ramillete no daba lugar á ninguna otra conversacion. Después de comer se pasearon por el jardín; yo miré á Mr. Montbazen y no le encontré la singular fisonomía que me habia desagradado tanto en la primera entrevista.

Al anoecer fui á buscar mi violoncelo para tocar algunos trios; pero habiendo tropezado cuando volvía con un carruaje parado que no habia visto, se rompió el instrumento, quedando imposibilitado de poder servir mas. Hubo pues de renunciarse por aquella noche á los trios, y Mr. Trude buscó entre los papeles unos duos de Weber de piano y violin para tocarlos con Mad. Loncle.

Quando iba á principiar el duo, Mr. Montbazen sacó del bolsillo su famoso lente. Mad. Loncle tocó la primera parte como muger que comprende vivamente las bellezas de esta música, tan llena de emociones; luego siguió el *andante*, que tiene por título *Los suspiros del pastor*. Weber ha sabido dar á este gastado título la pasion y el amor; los que han oido *Los suspiros del pastor* no pueden burlarse de un título tan vulgar. Pero este día Mad. Loncle parecia agitada desagradablemente por sus nervios; su pulsacion era brutal mas bien que tierna; caía en el esceso de los pianistas, que creen que consiste el mérito de su oficio en mostrar la fuerza de sus dedos, y en romper muchas cuerdas. Mr. Trude la miraba con ojos todavía mas melancólicos que de costumbre; por fin, lo que me confirmó en la idea de que pasaba alguna cosa extraordinaria en Mad. Loncle, fué que no podía volver las hojas sino deteniéndose; ella, cuya mano estaba tan alerta, que no hubiera sufrido que ningun oficioso le hiciese este servicio. Su pequeño pié daba contra el pedestal, y media el compás con rabia.

—Es delicioso, exclamaba Mr. Montbazen; delicioso en verdad. Os doy la enhorabuena, Mad. Loncle.

El mismo Mr. Loncle pareció que comprendía la contrariedad de su muger, y se quejó de alguna fatiga. Al momento cesó la música, con gran contento de Mr. Trude, que juraba no volver á tocar trios ni duos en presencia de la familia Montbazen.

Mr. Loncle se manifestó muy complaciente con el maestro de música; le invitó á que fuese mas á menudo á tocar trios. Ya empezaba, decia, á comprender los gozes secretos de la música. Mr. Trude, que habia renunciado á sus proyectos de viaje, aceptó la invitacion, y los trios continuaron como anteriormente. Una dulce intimidad habia reemplazado á la reserva de los primeros dias; después de haber tocado juntos un año, nos conocíamos mas que si hubiésemos vivido bajo un mismo techo diez años. Mozart y Haydn no se hubieran quejado mucho de la interpretacion de sus inspiraciones en la casa de Chenizelles. Sin las apariciones, felizmente raras, de Mr. Montbazen, la dicha hubiera sido completa.

IV.

En uno de estos conciertos nos anunció Mr. Loncle que iba á ausentarse de nosotros por dos meses. Esta noticia casi me oprimió el corazón, tan durables se me habia figurado que debían ser nuestras reuniones musicales. El mismo efecto produjo tambien en Mr. Trude semejante anuncio, porque la